



Julián Ibáñez

Las pelirrojas
nunca se marchitan



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n^o 27 —

SERIE BELLÓN, 15

MADRID • MMXXII

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS
Edición: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro

Primera edición: abril, 2022

I.S.B.N: 978-84-18997-24-2
Depósito legal: M-13353-2022

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

La tapia tendría unos tres metros de altura, el zócalo era de piedra y los lienzos amarillo pastel sin desconchados, la remataban tejas verdes vidriadas. Se alargaba casi cincuenta metros a ambos lados de la cancela, por lo que la parcela tendría más de tres mil metros. La cancela, de gruesos barrotes negros, debía de ser de las que se abren solas para no bajarte del buga al entrar o salir. Me quedé contemplando el tejado y las chimeneas del chalet que asomaban sobre las tejas vidriadas porque estaba sorprendido de no encontrarme con una chabola, o un bloque de pisos con ropa tendida en las ventanas en uno de esos barrios sin árboles y con los contenedores de basura al borde de las aceras.

A un gitano lo relacionas con una chabola, o caminando detrás de un burro con el sombrero bien plantado, pero no con un chalet con cuatro chimeneas y una parcela de tres mil metros. Ya sabía que no era un gitano de chabola y burro, que andaba en negocios, negocios importantes, pero no esperaba encontrarme con aquel chalet.

Los barrotes de la cancela terminaban en punta de lanza bien afiladas porque al gitano no le importaba que, si venías a robar, te ensartaras en ellos. Una plancha negra con agujeritos, soldada a los barrotes por el interior, no me permitía ver lo que había al otro lado, a no ser que bajara del buga y pegara el ojo a uno de los agujeritos. A la derecha estaba la puerta peatonal,

también de barrotes negros, algo más cortos, y también rematados con puntas afiladas. En una de las pilastras estaba el portero automático con una lucecita, aunque era de día y le daba el sol. Llegaba hasta allí un soniquete metálico y regular, como si estuvieran golpeando una plancha de hierro con un martillo; no tan regular porque el ruido se detuvo y regresó otra vez.

Bajé del buga y apreté el botón del timbre. Transcurrieron unos veinte segundos hasta que una voz de mujer me preguntó quién era. Le di mi nombre y no fue necesario añadir que el jefe me estaba esperando porque se oyó el clic de la cerradura invitándome a pasar.

A mi izquierda estaba la carreterita para los coches, bien asfaltada y con una innecesaria flecha blanca apuntando hacia el chalet. Delante de mí tenía un camino de losas de terrazo para los peatones. A unos cien metros estaba el chalet.

Era grande, enseguida pensé que demasiado grande, como si el gitano se hubiera traído a vivir con él a sus cinco hermanos con sus familias. De tres plantas, con balcones corridos de madera en las dos plantas superiores, en la de arriba estaba una muchacha, con el torso algo girado, se esponjaba la melena azabache como si se la estuviera secando al sol. Había muchos tiestos, algunos todavía con flores.

Continuaba oyéndose el golpeteo metálico a la derecha del chalet, cada vez más cerca a medida que me aproximaba.

Junto al tronco grueso de un árbol estaba el gitano. Se llamaba Luca. Luca Monje era el nombre en el rótulo de su desguace en la carretera de Fuenlabrada y Leganés.

Le había visto un par de veces y me había fijado en él porque su pinta no te dejaba indiferente, quiero decir que debía de medir casi un metro noventa, a sus setenta años, o por ahí.

No estaba solo, estaba con un niño, de entre siete y diez años, que tiraba las chapas a una rana mientras el gitano le observaba fumando, manteniendo pinzado el pitillo incluso cuando lo tenía en los labios para que no se le escapara mientras le sacaba el humo. Era de suponer que eran el abuelo y el nieto, echando una amigable partida.

El gitano estaba en mangas de camisa y chaleco, un chaleco tirando a morado, con la parte delantera brillante. Conservaba una buena planta, muy tieso y sin barriga. Era uno de esos tipos que proyectan dominio, y no por el sombrero gris y el mostacho blanco, sino porque pertenecía a esa clase de fulanos que se muestran impasibles en cualquier circunstancia, como si el bosque ardiendo a su alrededor no fuera con ellos. Si hubiera cambiado el sombrero por un monóculo, parecería un lord.

El chaval se quedó sin chapas, corrió a la rana, contó, o hizo que contaba, y se volvió al abuelo ejecutando una danza guerrera de sioux, una danza de vencedor. Corrió a un murete donde me pareció que había algo de pasta. La cogió y se la metió en el bolsillo. Luego se volvió al abuelo, le obsequió con un corte de mangas y corrió hacia la casa. El abuelo había puesto mala cara.

—¡Cabrón, ven para acá!

El chaval había descubierto una forma fácil de ganar dinero. Cuando se encontraba en la puerta se volvió y le gritó:

—¡Cabrón, tú!

—Luca.

El gitano volvió la cabeza y entonces reparó en el tipo que se encontraba allí.

—¿Tú, quién eres?

—Bellón. Tenía un recado tuyo.

Continuó mirándome mientras buscaba en su memoria lo que le acababa de decir, volvió la cabeza hacia donde ya no se encontraba su nieto y me miró de nuevo. Llegó la respuesta:

—Tú eres el que se encarga de echar una mano. ¿Cuánto?

—Una rana, ya nadie juega a la rana. ¿Cuánto te ha ganado tu nieto?

Volvió la mirada hacia el chalet.

—Ese cabrón. —Me miró— ¿Cuánto me va a costar?

—¿Por quitarle la pasta?

Me pareció que mi respuesta no le había gustado porque se quedó mirándome sin responder. Al fin pareció relajarse, se volvió del todo y me habló sin acercarse:

—Mi hija se quiere casar... Pali se quiere casar —repitió con la mirada en un punto lejano, como si todavía no se lo creyera. Me miró—. Con un payo. No me gusta, no me gusta ese payo, se dedica a negocios, eso dice él, pero se dedica a nada, mucho darle a la lengua, pero nada. Es un mierda... Pali no tiene dinero, está estudiando, pero el dinero lo tengo yo, y cree que se lo voy a dar.

Pensé en la edad de Pali, si estaba estudiando, debía de haberla tenido muy mayor.

Dejó de hablar porque acaba de sorprender la sombra de una mano sobre sus cuentas bancarias.

—Y quieres que averigüe de qué van esos negocios.

Siguió sin mirarme, porque Bellón no intervenía en aquella escena.

—A qué se dedica. A beber en un bar, eso ya lo sé... Pali es bonita y muy seria, pero es joven y se ha enamorado... —me miró como te puede mirar un premio Nobel porque sentenció—: Lo peor para casarse es estar enamorado, no ves el fondo de las cosas, ni el futuro. Pero yo no estoy enamorado y veo las cosas. —Se quedó callado como si estuviera viendo las «cosas» de verdad. Me miró de nuevo—. A ver lo que encuentras.

—¿Has hablado con ella?

Necesitó pensar la respuesta. Me sentí como un cura.

—He hablado con ella. A todas horas. Pero es como una mula. Como su madre. Pero son otros tiempos, las gitanas ahora van medio desnudas, y algunas ganan dinero, más que el marido.

—¿Cómo se llama el chaval?

—Mira también si tiene otra novia. En plan serio. Es uno de esos con un peine en el bolsillo, cuando me lo presentó se lo pasó tres veces.

—¿Cómo se llama?

—¿El payo? —parecía haberle sorprendido la pregunta—. Róber. Así le llama ella. Róber. Un nombre de marica.

—¿Sabes dónde para?

—En un bar de Fuenlabrada. No sé qué bar.

—Róber en Fuenlabrada... Dame un par de días y te diré algo. Te costará cien pavos.

No replicó, ni se inmutó, como si las cifras atravesaran su cabeza sin detenerse.

La cancela estaba abierta para dejar entrar a una furgoneta, era de una empresa de carpas para bodas. Se me había pasado preguntarle para cuándo estaba programado el enlace de Pali y Róber. Al parecer, para enseguida.

Serían como las once cuando fui a la comisaría de Arroyomolinos para ver a Casimiro, un poli de Hurtos y Estragos, para llevarle un recado de doña Leo, la dueña del Caracol, que esa noche había partida. Pero no había nadie en la mesa de Casimiro y no quise preguntar por él porque no me iban a decir dónde le podía encontrar, además me tomarían por su chivato cuando todavía no lo era.

Al salir de la sala general me crucé con una poli de Homicidios, me parecía que ejercía de enlace con la Brigada Central. Se llamaba Pilar. Era una tía que me gustaba. Una de esas chonis sin una gota de maquillaje porque no lo necesitan, de rasgos firmes sin llegar a duros, con el pelo castaño, con ese despeinado que te gusta encontrar a tu lado sobre la almohada al despertarte.

—Tengo algo que quizás te interese.

Me había dirigido a ella sin pensarlo, espontáneo, además la había tuteado y a lo mejor no le gustaba porque era la primera vez que hablábamos, aunque nos habíamos visto media docena de veces.

No tenía nada para ella, nada que mereciera la pena, a Casimiro le traía un recado de doña Leo, pero nada más, no era su informador todavía y no estaba seguro de llegar a serlo. Hacía tiempo que buscaba a alguien con una placa, alguien que me metiera uno de veinte en el bolsillo a cambio de un poco de información. En realidad el billete era lo de menos, necesitaba

un poli que me guardara las espaldas; sin Azucena sentía que se había quedado abierta una puerta a mi espalda por donde entraba un aire muy frío.

Se limitó a detenerse y a mirarme sin cambiar la expresión, como si estuviéramos en un ascensor. En la comisura de los labios tenía una motita que debía de ser tabaco, era de las que salía a la calle para tirar de cajetilla. Improvisé sobre la marcha:

—Un tipo que conozco, un frutero, mete la mano por debajo de la falda de una menor, una chiquilla de doce años, más o menos. La madre trabaja en el almacén dentro de una cabina, lleva las cuentas, lo ve, pero el frutero le permite cambiar en su nómina un uno por un cero.

Sabía que los asuntos de fruteros y chiquillas de doce años nada tenían que ver con ella, eran cosa de Abusos o Menores. Para despertar su interés tenía que haberle dicho que el frutero se había cargado a la chiquilla, y a la madre también. Siguió mirándome, esperando más información. Y como no llegaba:

—Te lo has inventado.

—Sí. Pero podía ser cierto.

—¿Quieres ligar conmigo?

Aquella pregunta fue el pequeño empujón que elevó todavía más el muro entre nosotros que creía haber comenzado a derribar. Más cinismo sería un error.

—En absoluto. He sido informador de una poli, Azucena, durante mucho tiempo. Estoy buscando algo parecido. Algo bueno para los dos.

—¿Chivato?

—Sí.

Se lo pensó.

—Conocí a Azucena. No mucho, yo acababa de incorporarme. Sentí su muerte, como todos. ¿Tiene que ser una mujer?

No sabía adónde quería ir a parar.

—No necesariamente. También colaboré...

—¿Es todo? —me cortó, sin sonreír—. Tomo nota.

Y continuó su camino, dejándome en medio del pasillo sin una sonrisa o una palmadita en la espalda, solo con su aroma *Je Reviens* desvaneciéndose.

En el Menta y Canela me habían dejado un recado urgente de Gestoría 2000, que me pasara por allí. Suponía que les urgía cobrar algún recibo a un cliente que se hacía el muerto.

Cuando me vio aparecer en la puerta, el dueño de la gestoría, Jaime, se acercó al instante, me cogió del codo y me llevó de nuevo hasta la puerta como si me fuera a echar de la gestoría; bajando la voz, me dijo que tenía un problema con un vecino, mejor dicho, su mujer, algo de un perro que se meaba en su cancela, que me pasara por allí. Me metió un billete en el bolsillo que supuse sería de veinte. Pero más tarde comprobé que era de cincuenta.

La mujer del gestor no estaba mal, por los cuarenta, una choni gordita, de las que lo primero que hacen al levantarse es pintarse la cara. Me ofreció café y galletas, y nada más, aunque todavía estaba en bata guateada, pero sin rulos, porque el cabello, castaño y bonito, era una medio melenita que le sentaba muy bien.

Estuve vigilando la cancela una media hora. El chucho no apareció, el vecino tampoco. Al dueño de Gestoría 2000 no

podía decirle que no me interesaban esa clase de encargos, me pasaba buenos trabajos, sencillos y bien pagados. Me dio por pensar que a lo mejor quería saber cómo reaccionaba su parienta si me daba por comprobar qué había debajo de la bata guateada. Así que eché un último vistazo a los dos lados de la calle y regresé a por el Seat.

Adiviné que el tal Róber se movía por Parque Miralles, o por Versailles, porque a los chulitos, como adivinaba que era él, no les gusta lo viejo, prefieren los barrios nuevos, con bares luminosos sin serrín en el suelo.

En el cuarto o quinto bar que entré, en Versailles, el Nuevo Chillón, conocían a Róber, sí, ése que se va a casar con una gitana. El fulano al que me había dirigido me conocía, aunque yo casi no me acordaba de él, el Joroba, o el Chepa, algo así, aunque se había dejado la chepa en casa, pero él parecía conocerme como si hubiéramos dado la primera calada juntos.

—¿Le conoces mucho?

—¿Mucho? Mucho, no. Es joven.

—¿Cuánto de joven?

—¿No le conoces?

—No.

Iba a preguntarme por qué le buscaba si no le conocía, pero se lo pensó y no lo hizo. Me dijo que paraba en el Arizona, que siempre estaba allí.

Localicé el bar, en el mismo Fuenlabrada. Era un bar corriente, con un reloj Fanta, una barra de piedra artificial, sin apoyabrazos, con media docena de derrotados y tipos de mono grasiento de los que entran, beben con un codo en la barra, echan una meada y vuelven al tajo a poner de nuevo en marcha el planeta.

Allí lo tenía. Supe que era él nada más verle, porque era un guaperas, porque se movía entre la barra y la tragaperras con el botellín en la mano como si lo hiciera por el pasillo de su casa, porque no dejaba de rajar, aunque en el bar solo había media docena de clientes, dos de ellos zánganos como él y el fulano de la barra, que de vez en cuando le miraba, pero no le oía, y apuesto a que tampoco le veía, por tenerlo demasiado visto.

Era casi tan alto como yo, con veinte kilos menos. Andaría por los veinticinco, por ahí, uno de esos tipos finos con las iniciales de su primera novia tatuadas en la nalga, uno de esos fulanos que emplean toda su energía en caer simpáticos. Con un perfil para dibujarlo a contraluz, con una sonrisa de amigo, aunque cuando no hablaba su expresión era de idiota simpático. Un rostro armonioso, con patillas de alfanje y con un pelo bonito. En conclusión, uno de esos tipos que buscan que les peguen un tiro.

Ataviado con un chaleco de cuero y una camisa blanca abotonada hasta el cuello como un paleta, vaqueros y en las pezuñas las botas de Frankenstein, por lo que sin botas me llegaría a la barbilla. Con el aspecto en general de tener los bolsillos vacíos, pero esforzándose en que parecieran llenos. Lo pensé al ver como contemplaba el giro de los rodillos de la tragaperras, entonces dejaba de hablar y, cuando se detenían, le daba un azote a la máquina, algo que era más que un azote, era un tiro de gracia.

Me había ubicado en el extremo de la barra más cercano a la luna que daba al exterior, medio vuelto hacia la calle, como

si acabara de salir de la trena y me gustara ver pasar a la gente. Había pedido de beber.

El resto de los parroquianos era la gente normal de aquella hora, un par de jubilados, dos o tres parados sin ganas de buscar curro y los dos zánganos.

Le llamaban Róber. Y de momento era como un fulano más, sin novia millonaria y sin trabajo, pero dando a entender que las dos cosas podían esperar.

Entró una pareja. La chica no estaba mal, de culo alto dentro de unos vaqueros con pespuntos amarillos. Cuando cruzaba a su lado, Róber, levantando la voz, soltó una de las paridas que tenía reservada para esas ocasiones, el tío le miró, la chica le ignoró, pero Róber la siguió con la mirada, con descaro, porque Róber era un chulito y no podía decepcionar a su parroquia. La pareja siguió hasta una mesa al fondo del bar.

Como unos diez minutos y sonó su móvil. Lo sacó y lo pegó a la oreja, plantado en medio del bar con el botellín en la mano, parecía orgulloso de que el planeta se detuviera mientras él hablaba.

La llamada era importante porque escuchó durante unos segundos, soltó un par de palabras y plegó el móvil. Apuró la cerveza, entró en los lavabos, salió un minuto después repeinado, dijo a la concurrencia eso de «que os den por culo» y salió a la calle. Dejé una moneda y salí tras él. Sí, la llamada parecía importante.

Tomó a su izquierda y caminó calle adelante. Supuse que iría a por su buga. Pero estaba equivocado. Había un BMW rojo aparcado un poco más adelante y era allí adonde se dirigía. Una mujer con una peluca roja alborotada ocupaba el asiento del copiloto. Creí reconocerla a pesar de la peluca. Róber abrió la puerta del conductor. Entró, cerró y se morrearon.

Crucé junto al BMW, con pasos de alguien que va a alguna parte. «Las tres AES»: Agencia Adelaida Angulo. Era doña Adelaida, estaba seguro, aunque siempre la había visto con su cabello negro recogido en un moño, a la antigua, la dueña de una agencia comercial, o algo por el estilo, y, me parecía, de algunos negocios más. Una choni con pasta. Había estado en las Tres AES un par de veces, con encargos de Gestoría 2000. Un local amplio, con tres o cuatro chupatintas de corbata y en camisa blanca, en Pío XII. Nunca había hablado con ella, la había visto al otro lado de su mesa dentro de su cubículo, recordé que también la había visto en un bar, el Albatros o el Capri, con algún tío, nunca en la barra, siempre en una mesa, y nunca en el BMW, que sería suyo.

En realidad había sido ella quien le había morreado, le había cogido por el chaleco y había tirado de él hasta que sus labios estuvieron sobre los suyos. De igual forma le separó, para que pusiera las manos en el volante y arrancara. Di media vuelta y galopé a por el Seat.

Adivinaba que había sido una belleza. Todavía lo era cuando la penumbra borraba sus arrugas. De unos cincuenta tacos muy bien llevados. Estructura media y sin un gramo de más. Llevaba en la cabeza una boina de color malva, como una guerrillera, o como una de esas tipas francesas con voz de aguardiente. Se le marcaban un poco los mofletes, quiero decir esos dos surcos que arrancan a ambos lados de la nariz y terminan a los lados de la boca. Era lo único que le hacía mayor, porque las mejillas y los pómulos eran de piel lisa y saludable, y su mirada de ojos oscuros era aplomada, el aplomo de alguien con carácter, de alguien que por mucho que estires el brazo no alcanzas a tocar.

Me la había encontrado un par de veces en la agencia, o en algún bar, pero no habíamos llegado a hablar. La había mirado y ella me había mirado, pero como se mira un pescado tratando de averiguar cuándo lo han sacado del agua.

Cruzamos Móstoles hasta la urbanización Los Olmos. Recorrimos un par de calles y al fin el BMW redujo la marcha y giró para enfilarse en una cancela. Cruzé detrás de ellos y por el retrovisor vi como la cancela se descorría y el BMW entraba en la parcela.

Adelaida tenía que saber que la chuleaba porque no era idiota, pero seguro que le daba igual siempre que él moviera la colita cuando ella silbaba. Cada uno en su sitio, ella buscaba sexo y puede que algo más, quizás él era un mago que detenía la caída de las hojas del calendario; Romeo buscaba su pasta y nada más, y ella se la daba. Un bonito acuerdo comercial, el noventa por ciento del mundo se mueve así: sexo y pasta, quizás a los cuatro años piensas en un coche de bomberos, pero eso no tarda en quedar atrás.

Conduciendo de vuelta, pensé si debía decírselo al gitano, que el novio de Pali tenía otra novia de cincuenta años, que no pasaría hambre, por lo menos mientras a su chico no se le cayera el pelo. Pero moví la cabeza en una negativa: el chaval tenía derecho a sacar un billete, de algo hay que vivir, y quizás le gustaba Pali de verdad.

Después de comer, me pasé por el Menta y Canela. Había un recado para mí, de Graciela, que me pasara por el almacén para mover unos sacos, a las cuatro y cuarto. Que se traducía en que a aquella hora no estaba su marido y quería tirar unos córners con Bellón.

Era un almacén de patatas y yo a Graciela le gustaba. La verdad era que no estaba mal, una mujer fuerte, casi cachas, por los cuarenta, no era guapa, pero tampoco muy fea, tenía una mandíbula de peso pesado, pero sus ojos eran bonitos, tirando a verdosos. Me lo había dicho, lo de que le gustaba, la única vez que me habló sin mirarme a los ojos, en voz baja y algo temblorosa, yo le había respondido como un caballero, que no iba al almacén solo para aflojarme el cinturón, que había algo más, y me callé porque no supe cómo continuar.

Moví un par de sacos. Luego Graciela bajó y tiramos un par de córners sobre los sacos, una cama como otra cualquiera, pero nos turnamos, arriba y abajo: Graciela y Bellón, Bellón y Graciela. Se abrochó los pantalones, se los sacudió y me metió en el bolsillo el de cincuenta. Por diez minutos de trabajo moviendo tres sacos de sesenta kilos, el sueldo de un embaajador.

Luego fui a la gestoría y Jaime me dijo que necesitaba una mujer de la limpieza, que le buscara a alguien que fuera de confianza porque estaría sola y no quería que utilizara los ordena-